

El que suscribe comienza por confesar que Bertolt Brecht no está entre sus dramaturgos preferidos. El teatro más o menos épico o más o menos ejemplarizante no le entusiasma. Y no es que uno pléa lágrimas y rechace "distanciamientos"; lo que uno quiere, ya sea genial, bueno o malo, son autenticidades. Las que sean. Desde la murga de Regaera —que, por cierto, tanto le gustaba a Pedro Laín Entralgo— hasta Sófocles y Shakespeare, pongo por supernombres para todos los tiempos. Ahora bien, dado el círculo de clamores que rodea a Brecht en estos años, como asimismo la contrapartida de furibundos derrotistas de su obra, me permito declarar que "El círculo de tiza caucásiano", "Galilea" y su actualización de "Juana de Arco" son obras de bastante consideración. "Soy el último escritor católico", dicen que declaró Brecht a raíz de haber dado a conocer "Die Gesichte der Simone Machard", en colaboración con Fenchwanger. Y mucho de catolicismo hay en esos rostros de Simone, y en su tratamiento de la Doncella de Orleans, vista a través de la campaña alemana en Francia el año 1940. Hay en toda la obra brechtiana un ansia de amor, de comprensión, de justicia, todo ello expresado con sencillez y dulzura al margen de alienaciones, violencias y dudas. Late siempre una luz de esperanza. Por supuesto, aunque Dios no aparece a nunca en la obra de Brecht, está con su amor y esperanza más cerca del teatro católico —aunque su significación última fuera marxista— que la gran mayoría del teatro actual, tan tristemente desilusionado, erótico, violento, pobre de alma, falso de intenciones y escrito con afanes de especulación. Otra cosa será la autenticidad en cuanto a teatro. A esto es a lo que me refería antes.

Y bien. "El círculo de tiza caucásiano", juicio de Salomón, leyenda china, ya llevada al teatro con anterioridad, tiene en su dulce ingenuidad caritativa, aproximaciones paulinas. Creo que lo que Pedro Laín Entralgo dice tan ingeniosa y profundamente en su comentario como adaptador de la obra viene a enlazar con la frase "católica" de Brecht que hemos citado. Puesto el autor en el hipotético trance de elegir entre Salomón y San Pablo, se quedaría con éste. Es muy posible. Lo que pretende Brecht en esta parábola de la doncella Gruscha no es ni más ni menos que una consecuencia paulina. Y en lo que al tan famoso y cacareado antiaristotelismo de Brecht, es bastante aristotélico en sus estructuras. No en balde Hegel —de quien tanto aprendió Brecht— recordaba de la "Poética" de Aristóteles que un todo es lo que tiene comienzo, medio y fin. ¿No está todo esto claro en la dulce ingenuidad de "El círculo de tiza"? Una parábola maternal apta para todos los corazones, en busca de una sociedad paulina o marxista que aún no se ha conocido

prácticamente. Ahora bien, si esta dulce ingenuidad de casi toda la obra brechtiana hubiese sido escrita bajo el signo de Dios, bajo el lema cristiano en toda su valentía y claridad, no le hubiera cantado el mismo gallo al autor de "Madre Coraje". Quiero decir que hablar de amor siendo en verdad católico, tiene poco éxito.

"El círculo de tiza caucásiano" ha sido perfectamente traducida y adaptada por Pedro Laín Entralgo. Hay una gran armonía en el lenguaje, una transparencia en todo el texto verdaderamente digna del mayor elogio. Lenguaje llano, preciso, que llega a todos los espectadores. Y, asimismo, hay que subrayar los diversos matices lingüísticos que ha sabido dar a cada uno de los personajes principales. Por su parte, el director, José Luis Alonso, ha puesto en escena esta obra realizando un excelente estudio de todo el conjunto. Bien movidos los personajes, sencillez en la expresión, alegría dramática en todo el desarrollo. No hay rigidez en atención a las beaterías brechtianas. Ha seguido el curso interpretativo con la flexibilidad suficiente para que los espectadores entren en la obra. Ni distanciamiento ni altisonancias. Sentido humano de la expresividad y de la escena, bien medidas las distancias sin "aproximarse" ni "distanciarse". Creo que ya está bien de reglas por parte de los que pretenden huir de reglas. Yo diría mejor que ya está bien de bromas en torno al beato Brecht, a quien han puesto altares laicos los que no quieren altares religiosos.

En la interpretación sobresale María Fernanda d'Ocón. Difícil papel el suyo: el de Gruscha. En todas las escenas supo expresarse con honda autenticidad, sencillez dramática, alegría emocional, excelente escuela, todo ello entrelazado con un ritmo escénico admirable. Muy bien José Bódalo, que da autoridad y llaneza al papel de Azdak. Gabriel Llopart, cantor y narrador, dio la entonación más adecuada a su cometido. Ana María Ventura, en la Gobernadora, compuso su papel con verdadero acierto. Paco Hernández puso sinceridad y buen estilo a su cometido. Luisa Rodrigo, personalidad y un cierto pintoresquismo en la Suegra. José Luis Heredia, Margarita García Ortega, Félix Dafaue, Enrique Navarro, Víctor Gabirondo, María Luisa Arias, Julia Trujillo, y el niño Tito Ibarzábal, entre otros del larguísimo reparto, intervinieron con acierto.

Los decorados de Burman realizados por Manuel López, un buen ejemplo de síntesis y ambientación. La música de Dassau sirve con original expresividad a las diversas escenas. Queda, sin duda, un bello espectáculo, bien concebido y a gran altura en toda su realización. El público aplaudió clamorosamente al finalizar la representación, apareciendo en el escenario con los intérpretes el adaptador y el director.

M. DIEZ-CRESPO

**"EL CÍRCULO DE TIZA CAUCASIANO" en el Teatro María Guerrero**

**Crítica de Manuel Díez-Crespo en "EL ALCÁZAR" – Abril 1971**